



DOCUMENTO CONCLUSIVO

XIX ENCUENTRO DE CENTROS DE CULTURA

1. Tres exhortaciones ineludibles¹

Al XIX Encuentro de Centros de Cultura, vivido en Puebla del 19 al 21 de septiembre de 2024, le anteceden tres momentos decisivos que fueron a la vez acontecimiento, provocación y llamado. El primero fue la histórica visita que la Organización de Universidades Católicas de América Latina y el Caribe (ODUCAL), en ocasión de su LXX aniversario, le hiciera a Su Santidad el Papa Francisco en mayo de 2023. El Santo Padre indicaba, refiriéndose al crecimiento y desarrollo de ODUICAL:

Esto hace que la Organización goce de solidez en el trabajo académico y, a la vez, que tenga en sus manos una gran responsabilidad, tanto en el presente como en el futuro de América Latina. Bien dice uno de los objetivos de ODUICAL: «Contribuir a la formulación de políticas públicas relativas a educación, tanto en los ámbitos nacionales cuanto, especialmente, en los supranacionales».

En este sentido, y mirando la realidad de nuestra América Latina, «la pobreza y la desigualdad son una llaga que se profundiza en lugar de aliviarse. [...] la polarización ideológica, parecen cerrar las puertas a los esfuerzos de desarrollo y anhelos de liberación. La presente crisis no es sólo una oportunidad para constatar el agotamiento de sistemas y modelos económicos, sino que mueve a superar soluciones prejuiciosas como las que alimentan los esquemas de polarización ideológica, emocional, política, de género y de exclusión cultural»

En todo caso, no nos asustemos frente al «caos», porque precisamente de ahí Dios hace sus obras más hermosas y creativas.

[...]

Estoy convencido de que la catolicidad de la mente, del corazón y de las manos, promovida por sus universidades [...], puede contribuir de manera decisiva a la

¹ Elaborado a partir del discurso inaugural del Ing. Rodolfo Gallo Cornejo en el XIX Encuentro de Centros de Cultura, 19/09/2024, UPAEP, Puebla.



sanación de las heridas tan dolorosas que ofenden hoy a nuestra amada América Latina.²

La segunda exhortación vino de parte del cardenal José Tolentino de Mendonça, quien, en el mismo marco, y durante la peregrinación de los rectores a la ciudad de Roma, dijo:

La constante complejidad de la situación de América Latina impone a las universidades católicas un laboratorio de pensamiento en el que se promueva la reflexión y el debate sobre la calidad de la vida política y del eje institucional, así como también sobre cuestiones cruciales inherentes al diálogo, a la convivencia civil y a la tutela de las libertades fundamentales³.

El tercero fue la exhortación que hiciera el entonces Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño, monseñor Miguel Cabrejos Vidarte, en ocasión de la Asamblea General de ODU CAL en Guadalajara, en junio de 2022, compartiendo la preocupación máxima del Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño (CELAM) por la involución de las democracias en la región, convocándonos a trabajar fuertemente al respecto. De ese pedido se derivó la creación del grupo de trabajo «Paz y Democracia», que coordina la Pontificia Universidad Católica del Perú. Monseñor Cabrejos decía, a modo de provocación positiva, que si serían las Universidades Católicas las que estaban dispuestas a trabajar en este desafío o la Iglesia en América Latina debería buscar otras instituciones para tratar estos asuntos.

Con estos tres antecedentes, Rodolfo Gallo, presidente de la ODU CAL y Emilio Baños, rector de UPAEP, acudieron a una audiencia con el cardenal José Tolentino y plantearon la iniciativa del XIX Encuentro de Centros de Cultura, encontrando apoyo y entusiasmo por parte del Dicasterio para la Cultura y la Educación.

2. Diálogo sinodal y caminos de esperanza⁴

El XIX Encuentro de Centros de Cultura tuvo lugar en Puebla, México, del 19 al 21 de septiembre de 2024 bajo el título: «La conversión política y las universidades católicas como *Alma Mater* de ciudadanía. Una propuesta desde América Latina y el Caribe».

² Francisco, Discurso del 4 de mayo del 2023. Disponible en:

<https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2023/may/documents/20230504-universidades-catolicas.html>

³ Cardenal José Tolentino de Mendonça, 3 de mayo de 2023.

⁴ Elaborado a partir de las conferencias, intervenciones, paneles y mesas sinodales que se sucedieron durante el XIX Encuentro de Centros de Cultura.



2.1 Diagnóstico

Las Universidades vivimos la actual «crisis de la democracia» como parte de un proceso mucho más grande y amplio que podríamos denominar «crisis de la civilización». Sin embargo, y a diferencia de las visiones fatalistas de diversos agentes sociales y políticos, nuestra identidad católica nos impele a no atemorizarnos ante estos cambios; por el contrario, nos mueve a verlos con esperanza audaz y confianza en la Providencia. Ante las angustias de nuestra era, es necesario poner los ojos en la luz que viene.

Entendemos que la democracia —aunque bajo fuertes amenazas— no está acabada ni concluida; pasa por un proceso de reinención y de sana apropiación compatible con la propia historia y fisonomía latinoamericana. Un proceso agudo y complejo, sin duda, y que se presenta, en nuestro continente, en medio de las siguientes problemáticas generales:

- Debilitamiento, inestabilidad y corrupción sistemática de las instituciones republicanas.
- Migración masiva (regional e internacional) provocada por la desesperanza en los desplazados.
- Falta de progreso económico común, que deviene en lacerantes desigualdades históricas entre las regiones nacionales (campo-ciudad; montaña-costa; etc.) y entre géneros y grupos étnicos.
- Incremento del descontento popular, amplificación de los conflictos y polarización social.
- Emergencia de figuras con tentación autocrática: líderes electos democráticamente que luego desconocen, minan e incluso rompen con la prensa libre, los poderes autónomos y la sociedad civil.
- Disminución progresiva de la aprobación social a los sistemas democráticos.

2.2 Puntos de encuentro

La fe cristiana es método de conocimiento. Así, la certeza (verificación real) del acompañamiento de Cristo en la historia expandirá nuestra inteligencia y sus horizontes, y la fe ayudará a la razón para llegar al nivel más alto del conocimiento de la realidad, y para ver —y entender— el despliegue del Reino de Dios en la historia humana.



Sabemos que la fe no es una apuesta a lo invisible, sino que ha de ser testimoniada y validada. La Verdad se manifiesta en la historia, pues es el significado último de las cosas. Nuestro ser cristiano entiende que Alguien más grande, más allá de nuestra propia incoherencia y limitación, nos ha redimido.

Por ello, durante tres días nos reunimos en la ciudad de Puebla para que, mediante el diálogo sinodal promovido por el Papa Francisco, encontráramos caminos de esperanza que nos ayuden a enfrentar las diversas y profundas problemáticas que suceden en nuestro continente. A través de distintas mesas sinodales, paneles y conferencias magistrales, hemos logrado establecer (no sin diferencias, pero ayudados por el Espíritu), puntos de encuentro y convergencias, tras analizar nuestras realidades y dialogar sobre las causas y efectos de estos tiempos. En este trayecto fascinante hemos confirmado que nos unen y nos desafían los siguientes puntos:

a) Protagonistas y destinatarios

Debemos poner atención fundamentalmente en tres grupos: *Los jóvenes*, a quienes debemos motivar y dar seguimiento para que puedan potenciar sus capacidades. Apreciarlos y descubrirlos, no condenarlos, para que emerjan como los actores y protagonistas del futuro. *Las mujeres*: la forma holística con que comprenden lo humano parece indicar el camino para integrar la vida pública y privada. La irrupción de la importancia femenina es signo de esperanza. *Los más necesitados*. Los pobres son verdadero sacramento de Jesucristo. Son los protagonistas que nos evangelizan y corrigen. Nos descubren parte de la Buena Nueva.

b) Educar en la democracia

Para educar en la democracia, la misericordia es esencial. Una tentación recurrente es dejarse atrapar por las ideologías, filtros limitados y reduccionistas de interpretación de la realidad que sólo conducen a la radicalización de los sistemas y los pensamientos; a no tener la mínima consideración ni compasión por el otro, a quien se le piensa errado o, en el peor de los casos, enemigo. Nuestra búsqueda debe dirigirse hacia una síntesis superior que radicalice la compasión, la misericordia, el amor al otro, el diálogo y el interés por el bien común, para entenderla como la acción social y política que, como comunidades educativas, nos corresponde poner en práctica.



Por supuesto, esta síntesis ha de converger con la ciencia moderna, pero sin escindirla del sujeto. En este camino debemos repensar las ciencias humanas a partir de una sana antropología, pues el mundo de los sujetos no opera bajo la razón instrumental (lo utilitario), y las universidades son, primordialmente, centros de formación humana y laboratorios de esperanza. A diferencia de los sistemas y plataformas que manipulan y acosan a la sociedad mediante el temor, Dios nos llama a unirnos mediante el amor. Y nuestra labor educativa, acorde al mismo magisterio de Jesús, debe centrarse en su mandamiento: «Ámense unos a otros (...) Todos conocerán que son mis discípulos si se aman unos a otros» (Jn 13,34).

c) **Prácticas democráticas**

Debemos encontrar modelos puntuales que nos permitan abarcar fundamentalmente dos elementos en la educación democrática: 1) los principios democráticos y éticos; 2) la práctica de la paz y de resolución de conflictos.

Es necesario cultivar la memoria histórica y educar en los valores de la convivencia social, haciendo visibles las consecuencias sociopolíticas de la ausencia de la democracia, especialmente entre quienes no conocieron en primera persona los problemas de los totalitarismos (de izquierdas o de derechas), las dictaduras (unipersonales o de partido) o las anarquías. La democracia es una apuesta para resolver nuestros conflictos no por la vía de la violencia, sino por la de la discusión pública, la confrontación de argumentos y —finalmente— la determinación de la mayoría. Por ello debemos crear una comunicación intergeneracional asertiva, que sepa incidir en la sensibilidad de los jóvenes al respecto.

Consideramos que las cuatro «d» (de la democracia) deben ser: *dignidad, diálogo, deliberación* y *determinación*, mismas que habrán de vivirse *colectivamente*. Su presencia en nuestras universidades debe ser permanente. En primer lugar, está la dignidad de la persona. Nuestra responsabilidad como universidades es la reflexión y custodia del valor infinito de la persona humana más allá de toda circunstancia y en cualquier estado o situación en que se encuentre (*Dignitas infinita*, n.1). En segundo lugar, está el diálogo: al interior de la universidad, entre universidades y con la sociedad, con el fin de *formar ciudadanos* a partir del encuentro e intercambio de ideas. En tercer lugar, la *deliberación* sobre los caminos a seguir y, en cuarto lugar, la *determinación* para promover el bien común ejecutando dinámicas colectivas encauzadas por los liderazgos comunitarios; se delibera para hacer cumplir la ley y superar los conflictos, y se *determina* actuar en consecuencia y para todos. Nuestros estudiantes deben



ser voceros de la conciliación y de la superación de conflictos, y ser *realizadores* efectivos del bien común.

d) Comunidad y testimonio

Es nuestra responsabilidad formar a los estudiantes en una cultura de la ciudadanía inspirada en valores democráticos como el respeto a la ley, la igualdad jurídica, el Estado de derecho y el bien común. Entendemos que formar integralmente a nuestros estudiantes también implica vivir estos valores dentro de nuestras aulas, en las instancias administrativas, así como en las relaciones familiares y sociales. Es ahí cuando nuestros líderes se volverán testigos fiables de una democracia auténtica y viva.

El amor se enseña recibéndolo. La caridad y la fraternidad llevan a la solidaridad. Debemos mirar hacia fuera de nosotros y hacia la periferia, donde sea posible, a través del servicio, generar comunidades unidas y en salida.

El *Pacto educativo global* es un enorme aporte en esta tarea; lo consideramos un faro para la encomienda educativa que tenemos. Pero sus compromisos⁵ deben ser asumidos por toda la comunidad. ¿Cómo hacer que nuestras comunidades educativas abracen estas prácticas? Las universidades, en sus ámbitos curricular y extracurricular, albergan fabulosas oportunidades y espacios de convivencia que no pueden ser desaprovechados. Debemos insertarlos en nuestra perspectiva integral, a través de las actividades deportivas, culturales, de voluntariado y pastorales, impulsando así la responsabilidad social y la caridad fraterna.

Además de la vertiente formativa, es ineludible el aporte de nuestros investigadores a fin de generar respuestas pertinentes, razonables, convincentes y atractivas que, desde la cosmovisión católica, se presenten ante las problemáticas y coyunturas sociopolíticas por las que atraviesan nuestros pueblos. Si por la formación nos comprometemos a egresar personas que sean sal de la tierra (Mt 5,13), por la investigación y la extensión universitaria no es menor nuestro compromiso de ser luz del mundo (Mt 5,14). Sabemos que la investigación seria y rigurosa, creativa y audaz, abrirá sendas para la transformación social en orden al bien común.

⁵ Los siete compromisos del *Pacto educativo global* son: 1. poner a la persona en el centro; 2. escuchar a las jóvenes generaciones; 3. promover a la mujer; 4. responsabilizar a la familia; 5. abrirse a la acogida; 6. renovar la economía y la política; 7. cuidar la casa común.



3 Compromisos compartidos

Podríamos resumir, en nueve, los compromisos resultantes del Encuentro:

1. Leer, de la mano de la Iglesia, los signos de los tiempos: escuchando a las jóvenes generaciones, promoviendo la plena participación social de la mujer, abriéndonos a los más vulnerables y marginados (Cfr. *Pacto educativo global*, n. 2, 3, 5).
2. Como pidió monseñor Lizardo Estrada: «mirar el futuro con los ojos de Cristo resucitado», es decir, mirar el futuro político de nuestros pueblos con alegría, y nunca con desesperanza.
3. Asumir las bienaventuranzas como método de reconciliación social. Pidamos la gracia de ser «limpios de corazón» para ver la realidad sin filtros ideológicos, confiando en la bondad y en la legítima expresión del otro.
4. Entender que, en muchos casos, las universidades somos la única institución social donde los jóvenes cuestionan —con radicalidad— cuáles son los deseos fundamentales y las exigencias de su corazón. Por ello, nuestros docentes deben formar auténticos samaritanos: que pasen del texto al gesto, que sean creyentes creíbles, solidarios mas no solitarios y que, a pesar de ser distintos, nunca sean distantes. Comprometámonos a ser instituciones creíbles.
5. Debemos poner todo nuestro empeño para que, a través de propuestas intelectualmente potentes y culturalmente bellas y atractivas, incidamos en una democracia y una paz perdurables, comprendiendo que la educación democrática será un proceso artesanal lento, y no una producción fabril inmediata.
6. Queremos asumir la integralidad de nuestro ser: inteligencia, corazón y manos. Nos comprometemos a formar a nuestros alumnos en esta triple dimensión para ayudarlos a ser ciudadanos competentes, creativos y comprometidos.
7. Las universidades hemos de ser, como señaló el cardenal Tolentino, «laboratorios de futuro y de esperanza», auténticos centros de cultura, en el entendido que la cultura es la capacidad de dar respuestas adecuadas a los acontecimientos y desafíos de la vida. Queremos que la cosmovisión cristiana de la existencia fecunde la vida de nuestros educandos, y que ellos sean *levadura* que fermente las sociedades cada vez más plurales.



8. Comprender que la tarea política de los católicos no se circunscribe a la de formar partido, sino a la de formar pueblo. Al despertar político que anhelamos, antecede una conversión y un gran trabajo cultural y social: reconocer nuestro fundamento, reconciliarnos con nuestra tradición y rehacer nuestros vínculos. Si no comenzamos por esta humilde labranza de la tierra, nunca veremos los frutos.

9. Formar en la democracia implica desarrollar la imaginación lo mismo que la capacidad de consenso, la creatividad al igual que la defensa de nuestros derechos. La justicia social implica un esfuerzo por integrar a todos en el desarrollo humano.

Preparado por el Comité Académico del XIX Encuentro de Centros de Cultura
(Dr. Jorge Medina, Dr. Mathias Nebel, Dr. Javier Taboada, Mtro. Valente Tallabs)

Octubre 2024